

El arte de ver más allá de los objetos

Isabel Rosado

Cuando no levantaba un palmo del suelo, acostumbraba a abrir todos los cajones y armarios de la casa de mi abuela. Si algo estaba demasiado alto y prohibido, no era problema para mí. Sin que nadie me viese, cogía una silla, me subía y, haciendo todo el esfuerzo del mundo, conseguía abrir las puertas de algo que se erigía ante mí como una especie de fortaleza inexpugnable. Era en realidad un lugar sagrado que no se podía violentar por la cantidad de secretos familiares allí guardados. Entre sábanas amarillentas de la guerra de Cuba, faldas antiguas, ajuares de boda, sombreros y fotos de alguien que yo no conocía, aparecía siempre la misma caja de galletas llena de documentos. Mi madre y mi abuela me decían siempre que no la abriese, que ahí sólo estaban las desgracias de la familia y que, además, estaba llena de polvo. Cuanto más me lo decían, más ganas tenía de abrirla y de ver qué habían guardado. En más de una ocasión estuve tentada de hacerlo, pero el instinto me decía que no debía, ya no por la consiguiente reprimenda, sino por la necesidad de imaginar y de crear historias en torno al contenido de la caja. Pensaba

“ De Zombis y de Bellas Durmientes cargadas de maquillaje está lleno el metro de Madrid a las ocho de la mañana. ”

que en ella estaban las llaves de una puerta secreta que había en el granero, la cual conducía al escondrijo de un “señor de la guerra”. Cada vez que subía sola al granero y escuchaba un ruido, salía corriendo y cerraba la puerta. A mis primos les pedía, por favor, que viniesen conmigo, porque no me atrevía a entrar. Una vez dentro les explicaba quiénes eran esos señores tan feos que aparecían en las fotos colgadas en las paredes y para qué servían los reclinatorios que había debajo de unas bolsas de plástico transparente. Sin saberlo, había creado mi primera historia, y el germen de lo que sería una pasión compartida: la literatura y el coleccionismo de objetos. Durante años he seguido practicando la mala o buena costumbre de abrir todos los cajones, baúles, cajas, maletas y todo lo *abrible* que se ponga a mi alcance. Me da igual el hecho de volver a ver

las mismas cosas cientos de veces, porque las historias han ido cambiando a medida que pasaban los años. Algunos de estos objetos ya no están en su sitio y aunque los busco, no los encuentro por ningún lado. Otros conviven con artefactos y cachivaches nuevos, que a lo largo del tiempo he ido amontonado en algún piso, en garajes y en desvanes que te conectan con la fantasía mediante una escalera. De hecho, una vez llegué a creer que un televisor de los años sesenta, uno de los primeros modelos que hubo en España y que mi abuela había amontonado en el rincón de los cacharros, se encendía solo y que reflejaba como la vida de las personas de aquellos años era sólo en blanco y negro. El descubrimiento de que mis abuelos guardaban un maletín de cartón, que unos amigos alemanes les habían regalado en la Posguerra, llegó a convertirse en una obsesión, o mejor dicho, en un demonio interior. Lo más intrigante era que tenía pegatinas de hoteles de todo el mundo y que tenía los dos cierres estropeados, por lo que no se podía abrir. Esto último alimentaba la posibilidad de estar ante algo confidencial. Creía



firmemente que en su interior había papeles relacionados con los Nazis y que estos señores alemanes se habían refugiado en España por tener un pasado oscuro. Nada más lejos de la realidad. Otro de los objetos misteriosos era un bolso de rejilla que en la casa se usaba para ir a comprar. Un día apareció mi abuela con este bolso y de él salieron tres conejos grandes, que corrían y saltaban por el patio. Cuando quise bajar a jugar con ellos, ya estaban en la cazuela. Desde entonces, y de vez en cuando, abría ese bolso con la ilusión de que saltaran unos cuantos conejos como si de la chistera de un mago se tratase. En relación con toda clase de efectos ópticos y mágicos, no puedo dejar de nombrar a la virgen Santa Rita. Estatua de tamaño casi humano que coronaba la escalera que subía al granero, cuya sombra espectral ponía los pelos de punta y daba lugar a todo tipo de especulaciones sobre las apariciones marianas. No me gustaba demasiado volver por la noche a casa, no fuese a ser que la virgen estuviera vigilando o empezara a hablarme. Ahora bien, los rosarios, las mantillas, los bolsos y los misarios, que proliferaban por

doquier en cualquier armario, me hacían imaginar a una madrastra de cuento: una señora muy guapa, devota y malvada, que había metido a sus hijos en una tinaja gigante de conserva, y que tenía una máquina de coser *Singer*, con la que podías

“ Durante años he seguido practicando la mala o buena costumbre de abrir todos los cajones, baúles, cajas, maletas y todo lo acrible que se ponga a mi alcance. Me da igual el hecho de volver a ver las mismas cosas cientos de veces, porque las historias han ido cambiando a medida que pasaban los años. ”

pincharte el dedo como en el cuento de la Bella Durmiente. A mí también me gustaba dormir, pero en camas con historia. Solía tumbarme en una que había sido usada en un

hospital de campaña durante la Guerra Civil. Allí me acordaba de una historia sobre un muerto mal enterrado en la guerra, que aparecía por las noches en la habitación de su mujer, arrastrando unas cadenas y exigiendo tener un sepelio en condiciones. De Zombis y de Bellas Durmientes cargadas de maquillaje está lleno el metro de Madrid a las ocho de la mañana. Seres alienados que deslizan compulsivamente el dedo por pantallas táctiles, objetos que mañana acabarán en la basura, y que charlan con su compañero de trabajo sobre la necesidad de cambiarse a tal o cual compañía para conseguir el último modelo de oficina portátil. Viajan durante una hora dando vueltas por los subterráneos de Madrid y algunos tienen viajes astrales con sus coches en la M-30. Se cuenta que una familia se perdió un sábado en el espacio-tiempo cuando iba a comprar en *Ikea* los mismos muebles que su vecina. Con estas y otras historias paso mi tiempo entre los andenes. La verdad es que hace ya mucho tiempo que la realidad a palo seco dejo de interesarme.